

tema central

AMÉRICA LATINA EN EL ESPEJO DE SUS PREGUNTAS

Oscar Terán

Hace casi cuarenta años, Martin Stabb publicaba un libro referido a Latinoamérica con un título sintomático: *En busca de una identidad*. Hoy, la pregunta contenida en dicho título adquiere nuevamente vigencia por varias razones, aunque en circunstancias notoriamente diversas y con instrumentos intelectuales, en parte, novedosos.

En efecto, existe entre nosotros una larga y fundacional tradición interrogativa acerca del *¿qué somos?* Como toda cuestión identitaria, esta pregunta no brota espontáneamente de una cierta «naturaleza» social, sino que emerge en coyunturas particulares. Como toda identidad, además, la latinoamericana se configuró sobre andariveles materiales y simbólicos y en una relación dialógica con algunos «otros», corporizados en potencias extranjeras, pero también en las sucesivas ofensivas modernizadoras y de mundialización.

La historia intelectual nos ofrece, en ese aspecto, registros de las complejas derivas de las identidades latinoamericanas a lo largo del generalmente atormentado, a veces esperanzado, proceso de «invención de Latinoamérica»; esto es, de la fabricación de un gentilicio que estuvo siempre inserto en proyectos políticos locales e imperiales, y de pujas de poder.

AMÉRICA LATINA EN EL ESPEJO DE SUS PREGUNTAS

Nacidas estas naciones de la ruptura del lazo colonial, no resulta difícil comprender el sentimiento hispanofóbico imperante en buena parte del siglo XIX. No obstante, prontamente, nuevos «otros» suscitaron renovadas alarmas en los territorios al sur del río Bravo, que se materializaron en las agresiones imperialistas europeas y norteamericanas. Esas amenazas fueron respondidas desde la política y también desde la escritura; de esta manera, diversos intelectuales encontraron un tema que los colocó en el centro de las denuncias nacionales y cívicas.

Así, cuando, en 1847, Estados Unidos invade México o, en 1855, William Walker interviene en Nicaragua, el chileno Francisco Bilbao encuentra la coyuntura precisa para publicar *La América en peligro* (1862) y, luego, *El evangelio americano*, donde concluía con la identificación entre el filibusterismo y la política exterior norteamericana.

De tal modo, desde Bolívar hasta Martí, de Bilbao a Hostos, de Cecilio del Valle a Ugarte y tantos otros, se fue tejiendo la red del latinoamericanismo con el conjunto de las reacciones ante las amenazas externas. Esta actitud *defensiva* frente a los intentos expansionistas construyó un primer suelo simbólico respecto de aquello que definiría una identidad subcontinental. Pero, si dicha identidad era vacilante, se debía a que toda identidad representa no sólo lo que se es, sino también *lo que se quiere ser*; es decir, expresa —al mismo tiempo— una insatisfacción y una carencia.

De allí, la búsqueda de modelos en el escenario occidental —y algunas veces hasta en el Japón— que comienza a poblar los escritos de fines del siglo XIX. Estos modelos respondían ya no a la reacción ante políticas expansionistas o colonialistas, sino al desafío que el mercado capitalista y la modernidad plantean a escala mundial, el cual fue respondido por vía imitativa, reactiva o correctiva.

Imitativa era la propuesta de quienes —como el viejo Sarmiento— postulaban: «seamos Estados Unidos como el mar es el océano», trasuntada también en la admiración del mexicano Justo Sierra ante la visión de aquel «maravilloso animal colectivo» que se construía en el norte americano.

Empero, y aun desde el interior de las oligarquías entonces dirigentes, fue una concepción culturalmente reactiva la que se tornaría hegemónica. Y lo sería sobre el molde de una representación del tipo social y humano de aquel norte que guiaría muchas de las proyecciones

OSCAR TERÁN

del mundo yanqui hacia el sur —en un movimiento de rechazo, expresado por Rubén Darío cuando, en «El triunfo de Calibán», denunciaba el materialismo y pragmatismo yanquis, y planteaba —en cambio— que «la latina estirpe será la gran alba futura».

Un nombre propio se asentaba así. Si en el Congreso de Panamá se hablaba de «América» y en los últimos de «Hispanoamérica»; ahora, esta porción del globo ha comenzado a mencionarse como «Latinoamérica». Curiosamente, este gentilicio se impondría a partir de otro intento dominador: el de la invasión a México —impulsado por la política neocolonial de Napoleón III y también por grupos de intelectuales latinoamericanos en Francia, que entonaban la alabanza del panlatinismo y catolicismo contra el mundo anglosajón—. Derivas, entonces, de una identidad expresada con diferentes nombres: América antes española, Hispanoamérica, Latinoamérica, Indoamérica, Iberoamérica, Hispano-Luso-América y el Caribe...

Desde un presente en el que se han agotado las versiones esencialistas de la identidad, podemos observar que en el pasado hubo al menos dos módulos para intervenir en la definición del subcontinente. Uno —de carácter «retro»— construía una historia decadentista al colocar la unidad en un pasado dorado, y otro —progresista— remitía la identidad a un futuro de recomposición en el que esta parte del mundo tenía una misión por cumplir.

Por ello, la primera oleada identitaria puede considerarse parcialmente cerrada con las respuestas defensivas que avalan lo sostenido por Connell-Smith en *Los Estados Unidos y la América Latina*: «El factor común más importante que comparten las naciones latinoamericanas y que las distingue de los Estados Unidos es su debilidad ante el inmenso poderío norteamericano». Entonces, al espejo del norte se le respondió con el ensayo de identidad en clave positivista que tematizó «los males latinoamericanos». Paradigmáticos en ese terreno, resultaron los libros *El continente enfermo*, de César Zumeta; *Nuestra América*, de Carlos Octavio Bunge (1903), y *Pueblo enfermo*, de Alcides Arguedas (1909).

Y, sin embargo, ya en 1900, el *Ariel* del uruguayo Rodó propuso una versión correctiva, en la cual se articulaba una mirada no solamente de rechazo, sino de diferenciación y distinción con respecto a los Estados Unidos. Como ensayo de larga duración en el imaginario latinoamericanista, en *Ariel* se diseñó una identidad norteamericana sobre

AMÉRICA LATINA EN EL ESPEJO DE SUS PREGUNTAS

la figura del «burgués dorado» y, por tanto, tan exitoso económicamente como carente de virtudes estéticas y morales. En cambio, Hispanoamérica debía ocupar el lugar del espíritu, representado por el genio alado de Ariel, según la tragedia de Shakespeare. Y proponía también imitar del norte aspectos de su cultura material y de su espíritu democrático.

De allí en más, construidas a través de las categorías que cada etapa ofrecía —espiritualismo antipositivista, ensayo ontológico intuicionista, teorías de la modernización y la dependencia—, estas intervenciones alimentaron una de las vetas intelectuales más creativas entre nosotros, fundada en la elaboración del ensayo de interpretación nacional. Ensayo que, en definitiva, retornaba una y otra vez, obsesivamente, a la pregunta típica de áreas marginales y de culturas derivativas: *¿qué somos?*, para poder responder a la más angustiante: *¿qué podemos esperar?*, si es que algo podemos esperar...

Incluso, la crisis del modelo europeo liberal —acarreada por la guerra de 1914— pareció abrir paso a una tarea que no simplemente rechazara, sino que propusiera alternativas positivas para el curso de la humanidad. El escrito que José Ingenieros tituló *El suicidio de los bárbaros* y, sobre todo, el movimiento de la reforma universitaria, fueron indicios de que el discurso antiimperialista, hasta entonces sin sujeto, parecía hallar uno en las juventudes idealistas americanas.

A lo largo de las décadas siguientes, el sueño de Latinoamérica —como espacio civilizatorio de regeneración de un occidente decadente— siguió perdurando en el ámbito intelectual. Así lo muestran, entre otros, los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* y *La utopía de América* del dominicano Pedro Henríquez Ureña, *La raza cósmica* del mexicano Vasconcelos y los *7 Ensayos* de José Carlos Mariátegui.

Al replantearse recientemente —y ante el proceso globalizador— la pregunta de qué es Latinoamérica, estudios de las últimas décadas nos han mostrado de qué modo fueron diversos los intelectuales de esta parte del mundo (en el seno del surgimiento de las vanguardias estéticas —hoy llamadas históricas— y de las filosofías vitalistas de tronco germánico —hispanizadas por Ortega y Gasset con el rótulo de «la nueva sensibilidad» de la década de 1920—) que imaginaron, de hecho o de derecho, estrategias de «hibridación» —según la exitosa designación de García Canclini— para responder a la acuciante cuestión de cómo es posible ser moderno sin dejar de ser latinoamericano.

OSCAR TERÁN

Para citar solamente dos ejemplos conspicuos, recordaré que ésa era precisamente la pregunta de Borges cuando se refería a cómo escribir «en argentino» con una lengua heredada de los conquistadores europeos, y que allí mismo se instaló la respuesta de Mariátegui en su esfuerzo por implantar en el Perú esa forma de la modernidad extrema llamada «revolución», mediante una fórmula que hibridaba la filosofía europea —soreliana, marxista, vanguardista— con la heredad proveniente de un pasado autóctono.

Fue precisamente en esos años cuando se desplegó la primera «ofensiva latinoamericanista» en el ámbito cultural, la cual utilizó —para su expansión— los surcos abiertos por el movimiento de la reforma universitaria desde México hasta el sur. Y digo la primera porque los anteriores —comenzando por los proyectos bolivarianos y siguiendo con los de mediados y fines del siglo XIX (1845, 1898)— habían tenido un carácter reactivo y defensivo ante el expansionismo del sorprendente experimento imperial que nacía en el norte de América. Habría, asimismo, que considerar en el interior de algunos de ellos todo lo que le debían a la vieja pulsión hispanoamericanista heredada de la era colonial, que —como lo mostró con elocuencia el libro de Fredrick Pike— se convirtió en una verdadera campaña de rehispanización dentro del proyecto regeneracionista, fechado a partir de la derrota española de 1898 a manos, precisamente, de la potencia norteamericana.

En cambio, el latinoamericanismo posterior a la que sería llamada primera guerra mundial surgió acunado por la convicción de que «la decadencia de occidente» era tan cierta en tierras europeas como la fe que indicaba que el Nuevo Mundo —bajo diversas fórmulas— estaba presto para recoger la antorcha civilizatoria y proyectarla hacia mayores realizaciones de justicia, de verdad y —para decirlo rápidamente— de aquel «sentido» que las narrativas ejemplares de Kafka y de Musil mostrarán dramáticamente perdido en la vieja Europa. Fue sobre ese suelo que se erigieron propuestas fascistas, bolcheviques, vanguardistas y reformistas, que se encontraron en muchos casos entrelazadas y aun fusionadas con aquella ofensiva latinoamericanista.

Ofensiva que el crac económico mundial de 1929 y una nueva saga de dictaduras locales vendrían a contener y a rechazar hacia una sensibilidad angustiada, sobre la cual floreció el ensayo de interpretación nacional de los años treinta. Dentro del mismo, *Radiografía de la pampa*, del argentino Martínez Estrada, quedaría instalado como un modelo en

AMÉRICA LATINA EN EL ESPEJO DE SUS PREGUNTAS

cuyas páginas la historia ha devenido una pesadilla; en la que las carabelas españolas, al avanzar por el Atlántico, retrocedían en el tiempo; en una realidad americana caracterizada por el eterno retorno de un lo mismo execrable en todos los escenarios posibles, y donde no resultaba difícil evocar las palabras de Simón Bolívar, cuando afirmaba que en estas tierras la única alternativa residía en escoger entre el exilio o el suicidio...

Luego del paréntesis que abrió la segunda guerra mundial, la apertura de «los gloriosos treintas» —1945-1975— volvería a ser testigo de una nueva ofensiva latinoamericanista, cuyo eje articulador se organizará en torno a la experiencia de la revolución cubana. Ese rayo sobre un cielo sereno agitó, durante décadas, los sueños redencionistas de amplias capas de las sociedades latinoamericanas, y la producción intelectual no fue ajena a esta estructura de sensibilidad. No sería preciso remarcar que, en torno de la producción de García Márquez, hasta la naturaleza americana dejaba de ofrendar el viejo significado destructor de las novelas del colombiano José Eustasio Rivera o del argentino Benito Lynch, y se plegaba al imaginario de un subcontinente que hallaba, en lo «real maravilloso», el argumento celebratorio de su gozosa legitimidad en el mundo.

En otro registro, y dentro de un proceso de modernización en el ámbito de los saberes, las ciencias sociales oficiaron de laboratorio para la formulación de nuevos diagnósticos y prospectivas sobre la región. Así, y a partir del cepalismo, se fue pasando de la teoría de la modernización desarrollista a la de la dependencia y el dependentismo —con el libro de 1969, de Cardoso y Faletto, en el centro— y, en algunos casos, confluyó con las versiones provenientes del marxismo que resultarían hegemónicas, lo que dio como resultado la legitimación intelectual de diversos proyectos revolucionarios.

Oponiéndose al desarrollismo —que suponía una sola temporalidad: la que todos los países debían recorrer para cubrir las fases indicadas por Rostow; desde el atraso a la modernización—, el dependentismo sostuvo la existencia de una interrelación estructural entre los países centrales y los periféricos, de manera tal que el subdesarrollo se constituía en una función del sistema económico capitalista mundial. Sin duda, en el plano del ensayo, *Las venas abiertas de América Latina*, del uruguayo Eduardo Galeano, sintetizó ese clima de ideas y de denuncia con un éxito colosal de lectores.

OSCAR TERÁN

Empero, la década de los sesenta en Latinoamérica colocó a los intelectuales en una situación que llamaré de «acoso político-moral», lo que, en buena medida, deslegitimó ante sus propios ojos la práctica intelectual. El reciente libro de Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, analiza con precisión —desde el mismo título— el dilema en el que fieramente se vieron atrapados los escritores latinoamericanos. Al respecto, se puede concluir que en ese momento se produjo en el campo intelectual del subcontinente el pasaje de la teoría sartreana del compromiso del intelectual —entendida como la participación en los asuntos públicos, sin abandonar la posición intelectual— a la pérdida de autonomía de su función, que resultaría, finalmente, devorada por la política. Llegados a este punto, cito la respuesta del Che Guevara a un sociólogo uruguayo, quien le preguntaba cómo podía aportar, desde su profesión, a la revolución: «Yo era médico».

En rigor, si bien este proceso de vaciamiento de la práctica intelectual por la pregnancia de la política resulta evidente a la luz de los documentos del período, también lo es que se trató de un episodio más complejo. Y ello porque Latinoamérica, en esos años, asistió a una nueva ofensiva modernizadora, de la cual no estuvo ajena el mundo intelectual. Tuvo así, en distintas disciplinas del conocimiento —filosofía, ciencias sociales, naturales y formales—, sus propios héroes modernizadores, generalmente en sintonía con los impulsos de un desarrollismo laico y progresista.

Mas su evolución y expansión experimentó diversos tipos de bloqueos, configurando un auténtico Triángulo de las Bermudas, en el que el proyecto modernizador naufragaría. En principio, por un freno interno, en el sentido de haberse planteado objetivos que sobredimensionaban su capacidad de ejecución, lo que permitió verificar, una vez más, que —según el aserto de Gino Germani, referido a la Argentina— se trataba de países más modernistas que modernos; esto es, con un horizonte de expectativas que desbordaba sus posibilidades de realización.

Luego, por el bloqueo tradicionalista instalado en el estado, pero también en amplios sectores de la sociedad. Y, por último, por un fenómeno paradójico, consistente en una radicalización del cambio que, al privilegiar la práctica política, erosionó la legitimidad de las actividades culturales modernizadoras. Son conocidos, como ejemplo, los episodios que en el campo de las artes plásticas condujeron desde el

AMÉRICA LATINA EN EL ESPEJO DE SUS PREGUNTAS

experimentalismo hasta la impugnación radical y el abandono de las instituciones artísticas oficiales.

Por otra parte, en el ámbito disciplinario de la historia intelectual, la teoría dependientista tuvo influencia y permitió volverse a preguntar por el tema crucial de la relación entre los dispositivos de conocimiento e ideológicos entre el centro y la periferia. Desde el Brasil, Roberto Schwartz acuñó el sintagma de «las ideas fuera de lugar» para tematizar la vieja polémica en torno del carácter de no correspondencia entre algunos artefactos ideológicos provenientes del mundo desarrollado y su aplicación al orbe latinoamericano —como el liberalismo en una sociedad esclavista, en este caso—.

Sin embargo, lo importante es que al cuestionar en clave dependientista las tesis dualistas y la temporalidad desarrollista, complejizaba las relaciones entre «el adentro y el afuera», que el pensamiento romántico-nacionalista —como explicitó Elías Palti— había simplificado en una mera relación de implantación exógena, que bastaba reducir para hallar la esencia «natural» de las configuraciones culturales latinoamericanas.

De todos modos, esa problemática quedó, en buena medida, suspendida en parte considerable de América Latina con el advenimiento de los años setenta, los cuales sellaron el final de las expectativas revolucionarias y en no pocos casos sufrieron el contragolpe de gobiernos autoritarios, quienes ejecutaron una feroz represión violatoria de los derechos humanos que incluyó la práctica sistemática de la desaparición de personas. Los intelectuales tampoco estuvieron excluidos de estas barbaries. Se abrió, asimismo, una dolorosa etapa de cárceles y exilios, internos y externos.

No obstante, aquella y otras problemáticas se reabrieron cuando en la década siguiente surgió la ilusión de la recuperación democrática, cuya transición fue motivo de intensos debates. Es cierto que para entonces el mundo había cambiado y desnudado las atrocidades del «socialismo real» —según la fórmula de Bahro— y abierto el plano inclinado de la crisis del marxismo. Es cierto también que los sucesos críticos —como la guerra chino-vietnamita o la invasión a Afganistán— podían aún contrapesarse con los primeros pasos de la revolución sandinista triunfante en Nicaragua y con el avance de las luchas en El Salvador.

OSCAR TERÁN

La caída del Muro de Berlín —como epítome del desplome del mundo comunista— y el ascenso incontenible del neoliberalismo, liderado políticamente por Reagan y Thatcher, marcaron el fin de lo que empezó a llamarse «década perdida» para esta parte del planeta. Y colocaron, en primer plano, el severo endeudamiento externo de sus estados y la implementación de las recetas del Consenso de Washington, lo que configuraría un panorama subcontinental caracterizado por el ensanchamiento de las ya anchas brechas entre los países, las regiones y los diferentes estratos sociales en cada país.

La figura del sociólogo fue sustituida, entonces, por la del economista y, prontamente, una cohorte de integrantes de esta disciplina —formados en Chicago— implantaría con firmeza el ascendente credo neoliberal. Simultáneamente, el campo intelectual de la región no resultaba impermeable a la mutación de los regímenes de saberes, que —gestada desde la década anterior— declaraba ahora el fin de los Grandes Relatos; es decir, de las filosofías de la historia que —con el marxismo como última de sus versiones— habían acompañado el despliegue de la modernidad occidental.

Se impuso, entonces, la emergencia del «intelectual» local proclamado por Foucault, que ya no era vocero ni del pueblo ni de la clase obrera o la nación, y menos aún de la revolución, pero que todavía podía operar en espacios locales, promoviendo los contrapoderes.

Al final, derrotadas o fracasadas las tentativas innovadoras y revolucionarias, luego de años de dictaduras y de recuperación de democracias de diversa calidad, pero también desengañados algunos del sueño de incorporarse casi por decreto y por afán de macaquismo al llamado «primer mundo», hoy retornan —vía la política y los intereses económicos— los impulsos latinoamericanistas. Lícito es, por ello, preguntarnos dónde estamos, para los demás y para nosotros, en este nuevo umbral; no para boicotear la esperanza, pero sí para atender la consigna weberiana de mirar de frente el rostro severo de nuestra realidad.

El fin de la guerra fría y el derrumbe del poder soviético determinaron el agresivo fortalecimiento del poderío de los Estados Unidos de América —que en este mismo momento luce embarcado en una lucha contra el terrorismo internacional, con una caracterización teológica del enfrentamiento y con inusitados niveles de víctimas y de sufrimiento en zonas de su despliegue militar, como Irak—. Simultáneamente,

AMÉRICA LATINA EN EL ESPEJO DE SUS PREGUNTAS

nuevos poderes —con China, a la cabeza— asoman en el escenario. Y este gran redimensionamiento de los poderes mundiales, sumado a los grávidos problemas propios de la región latinoamericana, la han recolocado en el nuevo escenario internacional.

Al respecto, resulta ilustrativo atender a algunos datos provenientes del relato sobre América Latina, organizado en centros académicos de prestigio. Recordemos así que el tercer volumen de la *Historia latinoamericana de Cambridge*, editado en 1996, fue el primer estudio comprensivo que incluyó al Brasil dentro del subcontinente. Hoy, la revista *The Hispanic American Historical Review*, en su número de agosto de 2004, presenta un *dossier* sobre el lugar que ocupa la historia latinoamericana en los manuales de historia mundial. La respuesta es bastante elocuente: 50 páginas en libros de 1,000 páginas... Una proporción no sólo atribuible a los «ojos imperiales», y que puede hasta traducirse con ironía —no exenta de tristeza—, diciendo que de la ilusión menemista del «uno a uno», hemos derivado en la cruel realidad del 1 a 20...

Sin embargo, es menester subrayar que si las utopías comunistas resultaron vanas o despóticas, los problemas de gigantesca injusticia e inequidad que denunciaron no sólo subsisten, sino que se han incrementado a escalas que avergüenzan al género humano. Las cifras son cruelmente abrumadoras: en la actualidad, tres *personas* poseen un capital equivalente al de 48 *países*. De modo que si algunos de los cambios en curso pueden, efectivamente, ser incluidos en el memorial de agravios de los melancólicos —a quienes los documentos del pasado nos tienen acostumbrados, cada vez que las innovaciones atraviesan el espacio histórico—, no puede dudarse, empero, de que algunos de estos cambios tienden a modificar profundamente algunos de nuestros nichos ecológicos y civilizatorios, arrojando preguntas sin respuestas y, a veces, evidencias letales que contribuyen al estupor y al sinsentido.

Y esto porque en esta porción del mundo surgieron nuevos fenómenos conectados con el proceso de globalización y la conformación de bloques regionales. Así, el actual proceso de globalización —caracterizado como un período de «intensificación de las dependencias recíprocas»— ha generado preguntas viejas que se vierten en odres nuevos acerca de las características y el destino de las naciones latinoamericanas. Como hemos visto rápidamente, en el legado intelectual de estos países la cuestión no es novedosa, y puede

OSCAR TERÁN

resumirse en una pregunta crucial: ¿por qué y cómo ingresar en la modernidad?

No obstante, he aquí que eso que llamamos modernidad —o, ahora, hipermodernidad— no se reduce al flujo de capitales ni, en fin, al «hecho económico». Como postuló Max Weber, en éste —como en tantos casos— se trata, sin duda, de un despliegue de posiciones e intereses. Sin embargo, esos flujos «materiales» son ciegos sin esos guardavías que son las ideas, encargadas de encauzar los intereses y de otorgar sentido a las prácticas de los seres humanos. De allí que los intentos que hoy abren un nuevo impulso latinoamericanista sólo podrán resultar consistentes, si se configura un bloque histórico entre aquellos intereses y una constelación de ideas y valores que les otorguen pronto un marco y un significado para ser articulados por la política.

Después de todo, uno de los déficit fundamentales de este momento histórico mundial es —junto con tantas miserias materiales— la carencia de sentido; esto es, de significación y de dirección, de aquello que torna la vida más digna y vivible. Y un sentido reside en la formulación de una respuesta no sólo en términos de modelos económicos, sino fundamentalmente civilizatorios, impulsora de un movimiento que —sobre bases democráticas e igualitarias— promueva la búsqueda permanente del borramiento de las brutales inequidades que nos habitan.

Sin embargo, la elaboración de dicho marco no puede sino ser problemática, ya que si «Latinoamérica» es un *constructo* más que una esencia, para su re-invenición no pueden ignorarse las heterogeneidades que la componen. Siglos de historia de diversa densidad han constituido sociedades diferenciadas —que en los extremos planteados por Darcy Ribeiro muestran «pueblos testimonio» y «pueblos de trasplante»—, mientras por doquier se observan sociedades con desarrollos a veces acoplados, analógicos, solapados, pero también desfasados, asincrónicos y con notorias alteridades.

Nuestro espacio geográfico aparece así como una región de identidades superpuestas y con fronteras de hibridación, producto de la mezcla de tradiciones e influencias indígenas, europeas, africanas, norteamericanas y también asiáticas. Naciones que, por ello, contienen, por debajo de homogeneidades de historia y de lengua, diversidades culturales e institucionales que se instalan, a su vez, como culturas políticas diferenciadas; algunas con centralidad en partidos, con

AMÉRICA LATINA EN EL ESPEJO DE SUS PREGUNTAS

estructuras estatales e instituciones modernas, y otras donde imperan organizaciones con baja densidad partidocéntrica y débil institucionalidad republicana; algunas con sociedades civiles más móviles, penetradas por ideologías y prácticas igualitarias, ante otras jerarquizadas y jerarquizantes, o sociedades con mayor tendencia a la estabilidad y al consenso, junto a otras tentadas por el disenso y la discordia.

Además, formamos parte de naciones que *en su propio interior* albergan diferencias de diversa índole y que en lo relativo a la equidad social y cultural revelan un perfil de desigualdad escandaloso. Esta exclusión de vastos sectores del ejercicio de derechos básicos debilita la construcción de una ciudadanía fundada en el respeto a los derechos civiles, políticos, sociales y culturales.

Y por si todo esto fuera poco, —como en tantas partes— nuestras naciones mantuvieron conflictos y guerras, y existen recelos nacionalistas que suelen ser activados por sectores tradicionalistas para la movilización en aras de sus propios intereses. ¿Qué haremos, entonces, con la historia? ¿Olvidarla —como quería Renan— porque en el fondo de toda comunidad siempre hubo matanzas fundacionales? ¿O bien, debatirla en un largo y costoso camino que lleve a la mutua comprensión sobre la base de la verdad y la justicia?

Nos encontramos, entonces, en la encrucijada de estructurar identidades regionales cuando las nacionales resultan endebles o vacilantes; de asumir tareas políticas en el seno de situaciones donde las democracias no han resultado suficientes para resolver las cuestiones sociales y, en ocasiones, ante el desencanto en la democracia, el descrédito de la clase política y la crisis de la política, que supo ser el eje organizador de la vida social. Nuestro presente aparece así delimitado por la catástrofe social de la pobreza y la exclusión, por la inseguridad de la violencia terrorista o individual, por ciudades que —como se ha escrito— ya no producen sociedad, y por el desasosiego ante la actitud de un imperio cuyo poder no tiene parangón en la historia y que parece dispuesto a utilizarlo a sangre y fuego, sin mediaciones de ninguna índole y desatendiendo el clamor mundial.

En esta encrucijada quizás sería bueno percibir que no estamos ni frente a destinos manifiestos de unidad mitológica, ni ante pecados originales de desgracias ontológicas. Simplemente, confrontados a construcciones demasiado humanas, dentro de marcos que limitan la

OSCAR TERÁN

voluntad. Porque entre el destino trágico y la providencia bienhechora está esa zona temblorosa, pero insustituible, de la voluntad y las prácticas humanas, dentro de las cuales la política debería seguir siendo la encargada de gravitar fundamentalmente sobre la realidad social.

Junto con ello, otra tarea está de todos modos comenzando, y es la del conocimiento del *otro latinoamericano*. No sólo para ingresar en su comprensión, sino también para hacer jugar las imágenes del otro como efecto de des-provincianización y de mutuo enriquecimiento. Por eso me gusta repetir que hoy el problema no reside en el choque de civilizaciones, sino en la ignorancia entre las naciones.